

A los maquinistas y fogoneros del Oeste

Sin querer molestaros en lo más mínimo, me permito examinar la situación en que queréis colocaros, quizá engañados, constituyendo vuestro Sindicato profesional, ajeno por completo a nuestra organización.

Tema es este que quizá algún mal intencionado crea que, al ocuparme de vosotros, lo hago con el exclusivo objeto de halagaros para que por estos medios os agrupéis en nuestra roja bandera, pero no, no es este el fin que yo persigo.

Joven aun para dirigirme a hombres ya duchos en materia social, no es motivo que me obligue a claudicar de mis deseos; al contrario, fortaleció mi espíritu de tal forma, que hoy, ya libre de toda duda que me sugiere esta decisión, vengo dispuesto a que con la rudeza que me caracteriza, pero con el pensamiento y la conciencia muy elevada, demostraros el error que cometéis con esa actitud.

He permanecido algún tiempo silencioso esperando ver de vosotros una declaración de principios o algo que nos digera el por qué de vuestra decisión, pero nada de esto habeis hecho, demostrando con ese proceder, únicamente una creencia, forjada en vuestra mente, de que vuestra profesión es la *única indispensable* para el desenvolvimiento de las organizaciones ferroviarias, y al pensar así, dejais en olvido las enseñanzas que hermanos de vuestra profesión, en diferentes Empresas, nos han demostrado en muy corto lapso de tiempo.

El reglamento por el cual queréis regiros, lo he repasado con gran detenimiento, y sinceramente digo, que es arcaico; no llena las aspiraciones que debe tener todo organismo obrero, y yo os invito a que, sin pasión alguna, estudiéis el que rige nuestro organismo, y a poco que lo hagais encontrareis una gran diferencia, puesto que sus principios, su base, son más elevados.

El inconveniente que alegais carece en absoluto de lógica, porque decidme los que queréis hacer la escisión: ¿vuestros mejoramientos no los habeis conseguido con la actuación conjunta de todos los servicios? ¿A qué, pues, tal deseo? ¿O es que sois tan cándidos que aun creéis lo que propan los nuevos líderes del carril, los que hasta ahora no se han preocupado jamás de la esclavitud porque atravesaba, desde tiempo inmemorial, la clase ferroviaria?

Decia al principio de este trabajo, que quizá por estar engañados, os proponiais la creación del Sindicato; ratifico mi creencia, máxime después de escuchadas afirmaciones de los elementos que con más *ardor* quieren su implantación, afirmaciones que únicamente pueden ocurrirseles a hombres completamente ignorantes en materia de organización.

Ha poco uno de sus más entusiastas defensores se expresaba de la siguiente forma: «Somos una falange superior a todos los servicios; con sólo intentar un plante, haremos el que nos concedan todo cuanto pretendamos.» Asombrado quedé cuando escuchaba tales manifestaciones; pensé un momento cómo aquellos hombres, a quien conozco, podían expresarse en tales términos cuando allá en los primeros días de Julio, en ocasión que camaradas de movimiento, afectos a la Sección de Salamanca, y por consecuencia al Sindicato de M. C. P., expresaron su protesta por ciertos nombramientos, abandonando sus puestos, equipos o parejas de maquinistas y fogoneros estaban dispuestos a efectuar sus servicios si hubiere habido un agente que acercándose al depósito requiriese sus servicios, y no creais que estas afirmaciones quieran zaherir, pero es que cuando se emplean procedimientos cual vosotros, los adheridos a ese Sindicato, no hay más remedio, que descubrir vuestras faltas.

Estimados compañeros de esta profesión, reconocen el error que cometerían si dieran su adhesión a tal organismo, sin duda han pensado en la psicología de los hombres que más la defienden; quizá entre ellos exista *alguien* que siempre fué obstáculo para su mejoramiento y que hoy se distingue de los demás por ver si consigue el que, como siempre, muerdan el *cebo* que le proporcionará una recompensa.

Camaradas hay, entre vosotros, que han sido directivos en nuestra organización; saben bien que ella nunca ha servido de maniquí a elementos ajenos a los ferroviarios, que pretensión por ellos presentada era atendida con igual interés que la de los demás y no ignoran que ha sido, es y será siempre su norma, una gran seriedad.

Meditad, por un momento, que compañeros de máquinas, en distintas compañías, declararon movimientos hermosos por dignificar la clase, sus esfuerzos no dieron el resultado que merecían y hoy, pesarosos de aquella irreflexión, pues no contaron con sus compañeros de distinto servicio, maldicen una y mil veces su decisión, de la que únicamente ellos son responsables; no pensar la solidaridad que habiais de recibir de los de otras empresas, ahí de vuestro engaño; ansiar sí, el que todos los ferroviarios, *libres de compromisos*, marchemos al unísono y de acuerdo con todos los trabajadores.

Si tal no haceis, lo único que habeis conseguido es constituir *uno más* de los ya existentes, pero que faltos de la verdadera ideología, claudicarán, dejando el campo libre a organizaciones, que izando bandera de redención, cual es la nuestra, acoja en su seno a los que sedientos de justicia luchan por una sociedad más justa.

Manuel de Alba.

CRONICA

El teatro de la vida.

En un monte de cierta provincia castellana, y a la orilla de la carretera, se elevaba sobre sus raíces un grandísimo alcornoque, al que los campesinos de aquellos lugares llamaban el alcornoque mayor, el cual, en su parte que daba frente a la carretera, tenía grabada una inscripción en la que se leía lo que sigue:

«Alcornoque nací
Alcornoque sigo siendo
Y alcornoque seré
Aunque me arranquen de aquí,
Y me quiten el vestido
Aunque la mano del artífice
Se esmere para hacerme imagen
Y la del pintor en darme de colores
Y aunque los fanáticos
Y los mercaderes de la religión
Se interesen en vestirme de oro
En cubrir mi cabeza de diamantes
Y en llevarme a un palacio».

En la capital, y en una de las calles más céntricas, en lujoso palacio habitaba una familia de la alta aristocracia, cuya familia se componía del matrimonio y dos hijos (varón y hembra de veinte y diez y nueve años de edad, respectivamente); como servidumbre tenían a Juan, antiguo y fiel criado, a Pedro como chauffeur, a Margarita en calidad de cocinera y a María en la de doncella, ésta huérfana de padre y madre, mujer hermosísima y de corazón noble.

En las primeras horas de una mañana de invierno y pisando sobre la nieve, a la orilla de la vía férrea se hallaba una mujer modestamente vestida, y vertiendo por sus preciosos ojos lágrimas en abundancia. Al preguntarla por el motivo de su llanto, ella, incoherentemente, dijo la causa de

su sollozo. ¡Partía el corazón oír el relato de su desgracia!

Había sido arrojada de la casa donde servía como doncella hacía una hora, y desesperada de ver que en el mundo no tenía con quien compartir su desgracia se había decidido a morir, para ello esperaba el paso de un tren.

Era María, la huérfana de padre y madre, la mujer hermosísima y de corazón noble que había sido engañada miserablemente por el señorito Angel, por el hijo de sus amos, el cual, aprovechándose de que la joven no tenía otro cariño que el de aquel hogar, la había conseguido mediante falsas promesas.

Para hacerla desistir de su propósito de suicidio, fué necesario separarla de aquel sitio y hacerla presente que tenía el ineludible deber, ya que aquel zángano no lo había hecho, de respetar al hijo que llevaba en las entrañas [pocos días después, en una alcantarilla, dió a luz un hermoso niño la hija del pueblo!]

Una tarde de verano y a veinte kilómetros de la población, un automóvil que se dirigía a la Corte se había estrellado contra un árbol; era el automóvil de los que años antes habían sido amos de la pobre María, el cual, en el momento de la catástrofe iba dirigido por el chauffeur Pedro, única víctima que allí hubo, pues los ocupantes del coche tan solo sufrieron ligeros magullamientos, mientras que él resultó con la cabeza destrozada y un brazo roto.

Cuando los aristócratas se dieron cuenta de que estaban fuera de peligro, y que únicamente era cadáver el chauffeur, cuando vieron que detrás del árbol, a cinco metros, existía un precipicio al que hubieran ido a parar a no ser por el árbol, se arrodillaron ante este, y todos a una exclamaron: ¡Oh divina providencia, tú nos libraste de una muerte segura!

El primero que acudió en socorro de las víctimas, fué un peón caminero que cerca del lugar del accidente trabajaba, el fué el encargado de llevar la noticia al pueblo inmediato, de donde tan pronto se supo la triste nueva, partieron para el lugar de la catástrofe infinidad de personas con las autoridades y la ciencia médica; cuando llegaron vieron a un hombre bañado en sangre en la cuneta, le incorporaron para ver si le eran necesarios los auxilios del doctor médico, y éste, no hizo más que certificar su defunción; las demás personas que allí se encontraban manifestaron a las autoridades la forma en que había ocurrido el accidente y a poco volvían todos al pueblo; los aristócratas, en los coches con las autoridades, Pedro, el chauffeur, en la camilla, sobre el hombre de cuatro campesinos; detrás la gente del pueblo y el auto destrozado tirado por una pareja de bueyes.

Dos meses después de la catástrofe, el árbol era arrancado por orden del capitalista dueño ya de todo aquel terreno y transportado a un taller de talla, para que de él la mano de un artista hiciera un Cristo; en derredor al sitio que había ocupado tantos años el alcornoque mayor (pues tal era el árbol que había evitado mayores males) carros y más carros depositaban piedra sillería y otros materiales; allí fueron llevados obreros del ramo de construcción para que hicieran una ermita para el nuevo Cristo, la cual quedó completamente terminada tres meses después.

Del alcornoque, en el taller de talla, habían hecho una verdadera obra de arte, aquel Cristo parecía enteramente un hombre crucificado en un madero; la herida que el artífice le había señalado en el costado, y la corriente de sangre que el pincel del pintor le había simulado, parecía cosa real. Fué llevado a la ermita y colocado en el altar; al día siguiente, un domingo del mes de Diciembre, después de los ceremoniales que para tales actos se acostumbran a hacer, y en presencia de todos los vecinos del pueblo que se hallaban de rodillas,

fué bendecido el Cristo, así como también la ermita.

Mientras todo esto ocurría, María la hija del pueblo, trabajaba en una fábrica como operaria en la sección de pastas para sopas; el salario que por su trabajo percibía era bastante reducido, con él nunca hubiera podido afrontar las necesidades de la vida a no ser por un matrimonio obrero que la había cedido gratis el cuarto que habitaba con su hijo, que tenía cuidado de éste mientras ella estaba en la fábrica, y que no solamente se lo mantenían y vestían sino que también a ella, en la parte que podían, la alimentaban.

Una mañana, minutos antes de entrar al trabajo, una compañera le notificó una mala noticia, la dijo que el señorito Angel, el padre de su angelito, contraería matrimonio, en la ermita del Cristo el día 25 de Mayo, con una acaudalada y bellísima joven de la capital; el efecto que la tal noticia le causó fué horrible, se desmayó y quedó como muerta en el suelo; de allí fué recogida por sus compañeras y en un coche llevada a su casa ¡la pobre aún abrigaba la esperanza de que algún día el hombre que amaba sería su esposo!

Una mañana de un lunes de Mayo, hermosa como sus lilas, una caravana de coches abandonaba la capital y seguían su marcha por la carretera de Madrid; al llegar al kilómetro 19 una anciana apoyada sobre una cayada y llena de harapos lloraba amargamente a la puerta del cementerio; tanto aquellos que habían sido amos de su queridísimo hijo, como la comitiva que les seguían, pasaron sin ocuparse de aquella miseria humana; un kilómetro más allá y a la puerta de la ermita del Cristo paró la caravana; de los coches se apearon la familia aristócrata, un acaudalado banquero de la capital con la esposa y su única hija (la prometida del señorito Angel) y los parientes de ambas familias; en la puerta de la ermita fueron recibidos por el capellán de la misma pasando después al interior, en tanto los vehículos eran apartados por sus aurigas a una plazoleta que entre la casa del capellán y la trasera de la ermita existía.

Una mujer pobremente vestida y con un niño de unos cinco años en brazos penetró en el templo; se acercó al grupo de personas que allí había y con lágrimas en los ojos, a un joven elegantemente vestido, le dijo: De este niño a quien adoro, como madre suya que soy, tú eres padre, desiste del matrimonio que quieres realizar con esa hija del lujo como tú y cumple como hombre reconociendo a este angel como hijo y a mí como esposa, aunque para ello tengas que renunciar a los bienes de tus padres y dedicarte a trabajar, pues el trabajo además de ser virtud honra al que lo practica. ¡La hermosa sentencia de la madre ultrajada fué contestada en esta forma!

«Retírese, vil calumniadora y no manche con su boca de infierno el templo de Dios; ¡vil calumniadora! ¡no manche con su boca de fuego el templo de Dios!»

El niño al oír el templo de Dios, le preguntó a su madre que donde estaba Dios, pregunta que quedó sin contestar en el pronto, porque su madre en aquel momento había quedado como muda; se veía ahogar por la congoja que el efecto de la respuesta la había producido; al fin pasado un momento, las lágrimas asomaron a sus hermosísimos ojos, y entonces el niño la dijo: ¡mamá! no ¡lores! ¿dónde está Dios? No sé, hijo querido, vámonos de aquí.

Abandonaron la ermita y marcharon en dirección a una casita en ruinas que a 300 pasos de allí había; a la puerta, y sentada sobre una piedra, estaba una viejecita a la que le dejó el niño, penetrando ella en el interior y saliendo a poco con un bulto en sus manos, el cual dejó en el suelo para coger a su pequeño en brazos; le abrazó y besó repetidas veces, a cuyo cariño el inocente niño correspondió en igual forma ¡la madre le abrazaba y besaba en la creencia de que jamás le volvería a ver y en sentido de despedida!

De nuevo dejó al hijo de sus entrañas encargándole a la pobre vieja no le abandonara, cogió el bulto y partió para la ermita, al llegar se paró en la puerta, dirigió la vista hacia la casita en ruinas desde donde el niño y la anciana le hacían señales con sus pañuelos de despedida y les envió con su mano un último suspiro, pasó al interior y a poco se oyó una fuerte detonación seguida de un fuerte temblor de tierra; la techumbre y las paredes de la ermita se derrumbaron sepultando entre sus escombros todo lo que en el interior existía; los coches salieron de la plazoleta en vertiginosa

carrera, pues los caballos huían espantados y no obedecían al freno de los aurigas.

Al ruido de la detonación acudió la gente del pueblo en socorro de las víctimas, hallando sobre los escombros de la ermita al ama del cura, que le buscaba por todas partes y no le encontraba.

El auxilio no era necesario, pues la justicia había obrado rectamente, terminando de una vez con la farsa donde se cobijaban la hipocresía, el egoísmo y la maldad.

Por la carretera, y en sentido de la capital, caminaban dos miserias humanas: una anciana que lloraba por su hijo, y un niño que lloraba por su madre.

Cipriano González.

Salamanca y Diciembre de 1920.

Para los calumniadores.

En un periódico que circula en la gran ciudad de Astorga, que se titula *Pensamiento Astorgano*, se publicó días pasados un artículo que, por su mal olor y peor sabor, se adivinó al momento que su procedencia era de significación católica, apostólica y romana, y que sin reparar en pelillos ni respetar ideales, olvidándose de todo cuanto la iglesia ordena, se atrevieron a calumniar (prohibido en la religión cristiana) y lanzar injurias contra los desgraciados padres de los niños de Riotinto, los que, por no ver a estas infelices criaturas, propias de sus entrañas, perecer de hambre y miseria, con profundo dolor de su corazón, no dudaron un momento en entregar estos a todos aquellos seres humanitarios que no podían pasar por el duro trance de ver morir a estos hijos tan queridos de nuestros camaradas, sólo por el hecho de que por las intransigencias de una explotadora compañía inglesa y la pasividad de un Gobierno como los que, desgraciadamente, dirigen a esta famosa España.

Igual que a los padres de estos niños, censuraba el mencionado periódico a todos cuantos por su bondadoso corazón tienen protegidos a algunos de ellos. En vista de esto y para repeler las ofensas esparcidas, los *compañeros ferroviarios* de Astorga (Oeste), protectores de cinco niños y niñas, tomaron muy buen acuerdo en distribuir un manifiesto al pueblo astorgano y a la opinión pública; cuyo manifiesto, para conocimiento de todo elemento asociado, a continuación publicamos íntegro en nuestro periódico LUCHA FERROVIARIA, el cual dice así:

«Contestando a unas injurias y en legítima defensa.»

En el periódico *Pensamiento Astorgano* aparecen una serie de sandeces y groserías que en un principio no pensábamos recoger, por aquello de «a palabras necias oídos sordos»; pero existen tales groserías, que alcanzan a seres inocentes, y en nombre de ellos las recogemos para decirles que no encaja en personas cultas tener que recurrir a insultar a estos desgraciados, para combatir las ideas y el pensamiento socialista, y encaja menos aún en quien blasona de católico y que sea publicado en la buena prensa.

Aunque nos ocupamos poco de máximas, creemos que existe una que dice: «No levantar falsos testimonios, ni mentir», y el escritor del artículo la olvida en el momento que dice que los niños de Riotinto son explotados por los socialistas, que los exhiben de teatro en teatro para guardarse la mejor parte; eso le retamos a probarlo, y, en verdad, tampoco tienen derecho a decir esto quien también se debe haber olvidado de esa otra máxima cristiana que dice: «Dejad que los niños se acerquen a mí»; pero cómo se han de ocupar de esto tan justo y humanitario, si para ellos es más cómodo y provechoso dar un poco de incienso y ensalzar con cuatro palabras huera y sin sentido común a esa *generosa clase capitalista*, y, sin embargo, consienten y ven impasibles casos como este de Riotinto, donde 15 ó 20.000 trabajadores españoles, que no han cometido otro delito más que el de nacer desheredados de la fortuna, tienen que luchar contra una poderosa y tiránica compañía inglesa que reparte cada año más de 20 millones de pesetas de ganancias y no transige en las modestas y justas peticiones de unos céntimos que estos sufridos y mártires obreros tratan de arrancarla para hacer frente a esta inicua desigualdad de vivir, o sea que a unos les sobre todo y otros carezcan de pan, como les pasa a estos abnegados luchadores en los cerca de cinco meses que llevan de lucha; pero cómo va a comprender el autor de estas bajezas estos altos y sublimes ideales, si desciende a lo más rastrero, que es hasta llegar a ofender a estos valientes luchadores en su dignidad de padres y que hasta en la suela de sus zapatos la lleven tan alta como la suya.

Los que como nosotros nos sentimos satisfechos

en cobijar en nuestro modesto, pero honrado hogar, a estas pequeñas víctimas, no queremos siquiera tomar en serio esa especie que nos achaca de explotadores de estos desgraciados niños; pues nosotros al hacer este acto lo hacemos impulsados por un gran espíritu de compañerismo, sin esperar en cobrar ninguna recompensa, como acostumbra a hacer los falsos apóstoles de otros ideales.

Ya lo sabe ese gran pensador y periodista del *Pensamiento Astorgano*: nosotros no diferenciamos, en nada, absolutamente de nuestros hijos a los de nuestros hermanos de Riotinto y sabemos sentir más alta esa gran obra de la solidaridad que quien no puede siquiera conocerla por ser un favorecido de la fortuna o vivir protegido de las adulaciones a la clase capitalista, nuestra explotadora.

Si acaso nos quiere rectificar el *Pensamiento Astorgano* que no es el autor de ese suelto y que lo tomó de una revista madrileña, le advertimos que se lo adjudicamos por igual; a uno por autor y a otro por hacerse eco e intérpete de tales insultos a esa sufrida clase proletaria; y nada más, caritativo y piadoso escritor lo demás no vale la pena ni de contestación.

Antes no habíamos contestado por no haber visto ese periódico de tanta circulación.

Unos que saben hacer el bien a sus semejantes y no insultar al desvalido.—*Esteban Baquedano*, tutor de María Guerrero.—*Blas Cifuentes*, tutor de Antonio Rufo.—*José Herrero*, tutor de Daniel López.—*Julio Durán*, tutor de María Viera.—*Fernando Hernández*, tutor de Teresa Guerrero.

Astorga, Noviembre de 1920.»

Como al que tiene el honor de dirigiros el presente artículo le alcanza una parte en las ofensas lanzadas por el periódico en cuestión, por ser protector de uno de estos seres desgraciados, no puede menos de salir a la defensa de sus compañeros de Astorga y unir a la suya su más enérgica protesta contra el redactor o redactores de un escrito que tan poco favor les hace a quienes profesan doctrinas y religión Cristiana.

En nombre de mis compañeros, invito al *Pensamiento Astorgano* a dejar de ocuparse de estas cuestiones y continúe con las suyas, que son de las que, sin duda alguna, podrán sacar más fruto y provecho.

El protector del niño Rogelio Méndez,
Lucas Núñez.

Salamanca, Diciembre de 1920.

¡Qué mamarrachos!

En un papelucho que se titula *Paz y Justicia* y que es órgano de los ferroviarios católicos de Cáceres, he podido observar que un caballero que se firma *El Duende Sindicalista* se ocupa de mi modesta persona, para decir unas cuantas *majaderías* que evidencian hasta qué punto llega el *desparpajo* y la *desaprensión* de algunas gentes que, en su afán de meterse en todo, son tan *ridículas* que no reparan medio para hacerlo, demostrando así el bajo concepto que tienen de las cosas y de las creencias en que los demás comulgan.

En primer lugar, no sé qué puede importarle al anónimo autor de tanta *gansada* que yo me dirija al Sr. De la Fuente o a quien tenga por conveniente; pero bien se vé que estos mal llamados *católicos* no tienen otra misión más alta y educadora que la de sembrar eso que se llama *cisaña*, y para cumplir mejor su cometido no encuentran nada más apropiado que el dirigir sus censuras y bromas de mal gusto a personas que, en lo que toca a dignidad, están muy por encima de tales *mentecatos*.

Hace ya algún tiempo que estos señores vienen molestando a diario a dignísimos compañeros nuestros, desprestigiando en sus *papeluchos* a nuestra organización y siguiendo una campaña infame de *ruindades*, *embustes*, *bellaqueras* y *vilezas*: un día es el compañero Rivero la víctima de sus insidiosos ataques; otro, lo es el compañero Alba; al siguiente, es Periañez; luego se dirigen a Goé, y, finalmente, al autor de estas mal trazadas líneas.

Y lo peor para ellos no es que para atacar y censurar se valgan de medios harto reprobables; sino que cuando han tenido necesidad de demostrar la verdad de aquello que aseguran *no han sabido qué contestar a las observaciones que se les hacían*; y no creáis que esta afirmación mía es gratuita, no; pues fui yo precisamente el que, delante de más de cincuenta camaradas de esta localidad, me dirigí personalmente al presidente del Sindicato Católico en cuestión, Sr. Panadero, a su paso por ésta para Valladolid, y le reté a que allí mismo, públicamente (*estábamos en pleno andén*), me demostrara la verdad de todas aquellas calumnias que contra nosotros habían vertido; y le dije más: le dije que en la prensa le había lla-

mado hipócrita y que aquí, de palabra, se lo repetía; y sabeis cuál fué su contestación, pues que él no había sido el autor de los escritos contra nosotros dirigidos y que por tanto nada nos podía decir. Al oír esta mayor prueba de frescura o desahogo, yo, lógicamente un tanto molestado, le repliqué que eran unos *farsantes* y que eso se lo demostraría aquí y en Cáceres, donde fuere preciso.

Ahora unas ligeras observaciones al *fúnebre Duende*: en lo que respecta a los comentarios que de mí hace, no les doy una mayor importancia, pues acostumbro a tomar las cosas según de donde vienen; pero sí he de decirle, además de lo que anteriormente le tengo manifestado, que no es que mi camarada Goé necesite apoderado (pues él ya había contestado al señor la Fuente); lo que ocurre es que aquí entendemos de otra manera el *compañerismo*, y cuando a un compañero se le ofende, tenemos la dignidad suficiente para salir a su defensa, bien al contrario de lo que le sucedió a un conocido de usted y nuestro que, encontrándose comprometido entre bastantes contrarios suyos, el compañero que llevaba de viaje, siendo de sus propias ideas y llevándoles a realizarlo un mismo asunto, se guardó en el departamento y le dejó abandonado ante el peligro.... ¡Vaya *compañerismo*!

Por otra parte, nada de particular tiene que uno de la U. F., como yo, sea de pueblo, pues no tendría gracia ninguna que perteneciendo a esta entidad fuera de población y gastara *automóvil*; eso sólo se queda para los privilegiados de la fortuna, pues los que *honradamente vivimos de nuestro sudor no podemos darnos esa importancia*....

También podría decirle algo en lo que se refiere a la destitución del jefe de la 3.^a sección de V. y O.; pero no quiero molestarle en hacerle consideraciones, pues entiendo que al *caído no se le debe dar más por el pie*; pero en lo del poder de la U. F. he de decirle, que tan sólo hubiera sido nuestra aspiración que al destituido le hubiese reemplazado otro que usted conoce *entrañablemente y que tenemos la seguridad de que son ustedes muy amigos*, pues hubiéramos tenido la satisfacción de haberle demostrado lo que somos, y hasta es posible que hubiese pagado alguna de las pocas que debe a nuestra organización....

Finalmente, una última consideración: se me figura que no es nada noble valerse de un pseudónimo para obrar en la *clandestinidad* y quedar, como consecuencia, irresponsable de aquello que en contra de otro se manifestó, y que, por lo que a mí toca, creo sinceramente que supone una gran cobardía espiritual lo hecho por usted, escudándose en el repetido pseudónimo para hacer esa labor que, más que de crítica, llamaría yo de *verdadera tontería*, pues eso y no otra cosa son todas las *sandeces, chistes fúnebres, refranes y comparaciones* que en su *escogida sección literaria* dedica a quien, pensando más alto que usted y teniendo una noción mucho más elevada de las cosas, cuando habla lo hace cara a cara y poniendo siempre al pie de sus escritos la firma, que responde en todas partes de aquello que su conciencia le dictó.

Segundo González,
Secretario de la 2.^a Zona.

Salamanca, Diciembre de 1920.

EPISTOLARIO INTIMO

Cartas a un amigo.

Escribir, querido amigo, es menos fácil de lo que parece; no tanto por la mas o menos facilidad que hallamos en la composición, como por la inseguridad de las pecadoras manos a que ha de ir a parar aquello que con tanto cariño guardamos y vivimos en lo íntimo de nosotros.

Mas a fuer de buen amigo y cumpliendo la promesa que voluntariamente me impuse de contarte cuanto sé y pienso, a hacerlo voy, en la inteligencia de que escribo para un amigo, de que ese amigo eres tú, —los que como tú no sean, no serán mis amigos—, y que, como amigo que eres sabrás, antes de emitir un juicio en pró o contra demisescritos, aquílatar, quintaesenciar, sacar el jugo, el grano, dejando a un lado lo nulo, la paja de lo que aquí encuentres; por que, como de botica, hay de todo.

También es deber tuyo inventar algo de lo mucho que me deje por decir, pues aquí, en España, en esta de nuestros pecados, razonar, pensar, escribir o escribir pensando, es así como jugar a los presos y *quedarse*, esto es, perder.

Hecha esta breve advertencia que creo de

importancia suma para el curso de nuestra *correspondencia* epistolar, paso a disculpar mi negligencia o descuido en el cumplimiento de esta obligación, para, y a fin de que mi reputación de escritor, quede a buen resguardo.

Si interrumpí nuestra conversación, no fué mía la culpa: *exigencias* de la Patria requerían mi atención y mis sentidos a una labor, si menos agradable que esta, no en cambio falta de incentivo; ¡cómo había de ser tratándose de gente joven dispuesta siempre a poner una nota de rosada ironía en el más frío y oscuro de los momentos!

Pero cumplido este deber, aquí estoy de nuevo, pluma en mano, a criticar, a comentar mis impresiones, —sensaciones del momento, de cosas que he visto y de otras que quisiera ver—; dando remedios para los males y remedios para los *medios de curar* remedios; por que suele acontecer que el remedio mismo, si no está debidamente dosificado, en armonía con las fuerzas físicas y morales de enfermo y enfermedad, nos procure un mal más grande, un peor mal del que, al aplicarlo, nos proponíamos evitar.

Esto, aunque parezca una paradoja, no lo es, ni es tampoco cosa nueva.

Mas dejémoslo por ahora, y más adelante, por lo que explicaré, podrás deducir la verdad de lo que quise demostrar.

Hoy como salido del cuartel, el cuartel será mi tema y como no hay tema sin lema, el lema de mi tema será: *Patria*.

Así, pues, empezaré por decirte algo de mí, de lo que me ha parecido el cuartel, su régimen, y de lo que, a mi juicio, debiera encomendarse a estas instituciones; haciéndolo medio para un fin más humano y provechoso.

De mí sé decirte que el día primero del mes en que vivimos, me fué investido el honroso uniforme de soldado... y me pareció bien. Otro, que no yo, habría de sonrojarse al decir esto; pero como yo soy yo y no el otro, diré las cosas tal y como me suenen, sin tener para nada en cuenta el parecer que, de lo que a mí me pareció esto, el cuartel, tengan los demás.... por que la *música* que yo hago es para mí propio divertimento y desahogo.

Sí, me pareció bien; ahora que, como fuera de lo posible que está, el que en un punto dado, todo en él nos parezca bien o mal, apenas me ví revestido, gran cavilador, díme en pensar qué significaría aquel traje, porque aquél, precisamente, y no el mío, más sencillo, más modesto, más austero, si bien menos colorido; y héme aquí tras un sinnúmero de cábalas, en la cuenta de que mi uniforme, el uniforme de soldado, es el traje de una idea, de la idea *Patria*; —¡pobre idea, pobre España, mientras para tu defensa tengas que vestir de guerreros a tus hijos.... y pagarlos!— es, como si dijéramos, la muestra, el anuncio de lo que *debe* existir en el interior, en el alma del individuo que le viste; es el sentimiento patria simbolizado en el ropaje. Y qué horror, amigo mío, qué horror ver tanta percha; porque detrás, bajo esos trajes, nada se oculta; apenas hombres; apenas....

«Si queremos—escribe Unamuno—que subsista España como pueblo vivo, hemos de hacer patria.» Y para hacer patria lo primero es sentirla y después no caer en el absurdo de creer—por que hombres hay que si no lo creen, parecen creerlo—, que la patria, mejor, el sentimiento patria, es cosa que se pueda entrar con embudo, aplicar en inyectables o, peor aún, inculcar por medio del castigo y la amenaza; como no está hacerla en disfrazar a los hombres con otros trajes que no los suyos y obligarles a que asistan con regularidad cronométrica a los diferentes toques.

Obligado a un niño—y digo niño lo mismo que diría joven o viejo—, a que todos los días pasee por un mismo jardín, y ya veréis como, a pesar de la belleza del paisaje, el niño se aburre.

Poned ahora un estudio donde una pleyáde de libros nos hablen de todo, humana y hasta inhumanamente, que nos hablen de todo, y dejad sus puertas abiertas: pronto tendréis el estudio lleno de viejos, de jóvenes y de niños, ansiosos de satisfacer cuando no una duda, un deseo, algo, en fin, la expansión del sentimiento. (El jardín es el cuartel. El estudio lo que debiera ser: algo donde en vez de aniquilarse, pudiera solazarse el cerebro).

Y digo esto, porque en el cuartel, he podido apreciar un mal muy grande, el peor quizá de los males, la rutina, y es doloroso; más por cuanto están bajo la dirección de personas a quienes hay que suponer—baste sus estudios—una cultura y una iniciativa superior a la nuestra. De aquí bien se deduce el que al sentimiento no implica el saber. Qué importa el significado de la palabra patria, si no sabemos sentirla?

La disciplina....

Verdaderamente, los cuerpos armados, como otra institución cualquiera, faltos de disciplina, de un régimen, de un reglamento que obligue, serían un caos; porque la vida de las organizaciones todas, lo mismo civiles que militares y eclesiástica, han de gobernarse por algo; por un reglamento que asegure, que sirva de base a los fines propuestos; de otro modo sería una especie de Babel y, más que a la derrota, al deshacimiento de todo, nos conduciría a la nada; más no es esto. Lo que apena, lo que duele, no es que se nos obligue a seguir un camino mas o menos recto, sino que, hace cincuenta años, el mismo articulado,—las modificaciones son muy escasas,—servía para juzgar los actos de nuestros padres: y esto, amigo mío, está en pugna con las modernas teorías;—los aires de libertad que hoy respiramos no corrían entonces por España;—lo que tiene su parte de grotesco en una institución que si no lo es debiera ser el alma de la Nación. Por otra parte, la disciplina, tal y como allí se interpreta lleva en sí los gérmenes de una enfermedad que llamaríamos *automatismo*: con ella la iniciativa privada del individuo se anula, por cuanto sus actos, a falta de voluntad, han de ajustarse a normas preestablecidas que rigurosamente está obligado a respetar y seguir en todo momento; esto causa la ruina del intelecto forzado a morir por inacción.

La libertad es la máxima aspiración de toda conciencia honrada.

La rebeldía es el grito de la conciencia ante las trabas opuestas a la consecución de lo necesario, de lo imprescindible a su mantenimiento.

Yo creo que allí, en el cuartel, se puede hacer mucha obra y es el lugar apropiado para hacer patria.

En el cuartel se toma a los hombres en plena juventud que como dice Victor Hugo, «es la época de las soldaduras fáciles»; cuando tallos, apenas florecidos, pueden inclinarse al bien o al mal según que el viento predomine de una u otra parte; cuando tiene amasada, si, la conciencia, pero no moldeada. Y moldear la conciencia, corregir defectos, apagar instintos, enseñar, demostrar, cómo no será libre la patria mientras nos entreguemos al vicio, a la esclavitud; no a odiar al enemigo si no a fraternizar con él, a conquistarle a, si fué malo, hacerle bueno, no por medios de violencia, sino por otros mas humanos, más libres, más en armonía con la grandeza del siglo; todo esto debiera hacerse en el cuartel, y más que nada, a intimar, a crearse dentro de sí una patria a la que, por habérsele dado, está en el deber de rendir homenaje, a querer, a defender y ensalzar, so pena de que la patria, su parte de patria, su *yo* patria, se hunda, se arruine, y con ella él....

Si queremos que España sea libre, rompamos sus ligaduras, las suyas que son las nuestras, seamos rebeldes; si que una potencia en el mundo del pensamiento, reclamemos la libertad de éste, procurando un mayor desarrollo al intelecto y si deseamos su gloria, seamos egoístas hasta que, al andar, tengamos que ir pisando los laureles, los nuestros que son los suyos....

Al trazar estas líneas, fué mi deseo, tanto como salvar este compromiso, voluntariamente contraído, hacer patria. No sé si al fin conseguí mi intento; más si así no fué, veré de perdonarme para perdonar a una patria que se me dió, sin enseñarme que ella, mi patria, era yo mismo....

César Kisiel.

Salamanca 30 Noviembre de 1920.

SINDICATO DE S. F. P.

Suscripción voluntaria para socorrer a los niños de los huelguistas de Riotinto, víctimas inocentes de la tiranía de aquella despótica empresa:

Felipe Flores Sánchez, 10 pesetas; Joaquín Díaz, 5; Vicente González, 5; Leandro García, 2; Melquiades García, 20; Estanislao López, 2; Román García, 1; Feliciano González, 1; Amorós Tardaguila, 2; Ambrosio Sánchez, 2,50; Nicolás Pérez, 2,50; Juan Tardaguila, 2; Juan Francisco Sánchez, 2; José Sánchez, 2; Arturo Juanes Iglesias, 5; Santiago Blanco, 2; Heliodoro Sánchez, 5; Herminio Cruz, 5; José Fraile, 5; Martín Varas, 5; María Hernández, 1; Silverio González, 5; Isidoro Gil, 5; Juan Domínguez, 2; José Martínez, 2; José M. Herrero, 1; Agustín Benito, 2; Angel Pascua, 2; Manuel Martín, 2; Hipólito Cáceres, 5; Serafin

Aparicio, 2; Antonio Sánchez, 1; Manuel Raimundo, 1; Jesús Sánchez, 1; Bernardino Marcos, 1; Manuel Sánchez, 5; Aniceto Hernández, 2; Faustino García, 2; Paulino Román, 1,50; Antonio Méndez, 1; José Rodríguez, 1; Justiniano Martín, 1; José María Gutiérrez, 1; Juan Manuel Martín, 5; Jacinto Hernández, 5; José Ramos Bernal, 1; Juan Rodríguez, 1; Miguel Gallego, 1; Manuel Hernández, 1; Juan Manuel Rodríguez, 1; Higinio Melchor, 1; Juan García, 1; Francisco Martín, 5; José Sánchez, 1; Demetrio Ríos, 5; Gerardo Sánchez, 1; Dionisio del Arco, 1; Teodoro García, 1.

Modesto Méndez, 2; Paula Marcos, 1; Perfecto Plaza, 1,50; Manuel Sierra, 0,50; José M. Bernal, 2; José Martín, 2; Agustín Martín, 2; Santiago Nava, 0,50; Angel Corral, 5; Juan Marcos, 1; Alberto Cruz, 5; Manuel Román, 1; José M. Acera, 1; Miguel Yubero, 1; Orencio Bonilla, 0,25; José M. Benito, 1; Maximina Hernández, 0,50; Gaspara Sánchez, 1; José M. Sevillano, 10; Hermógenes Reig, 5; Rafael García, 6,50; Julián Lillo, 10; Eloy Miguel, 10; Mateo Vega (mientras dure la huelga), 8; Manuel Carrallais, 6; Angel Martín, 6,50; Afrodiseo Miñambres, 6,50; José Montero, 5; José Vicente Martín, 5; Agustín Vicente, 10; Julián Alberto Pérez, 6; Juan Núñez González, 6; Casimiro Sánchez González, 6; Dionio del Arco Encinas, 2; Emilio Marcos García, 1; José Martínez, 2; Justo Acosta Gómez, 2; Salvador Pérez, 0,50; José Martínez, 2,50; Angeles Martínez, 1; Francisco Baygorri, 2; Fermín Hernández, 2; Rafael Martín, 1; Rafael Carrasco, 2; Angel Martín, 5; Daniel Lizcano, 2; Angel Sánchez, 1,50; José Castaño, 2; Elías García, 1; Alfredo Sayagués, 2; Gregoria Peña, 10; José Méndez, 10; José Flores, 6; Antonio López, 2; José Mangas, 2; José Hernández, 2; Antonio Martínez, 1; Edmundo Calvo, 1; José Sevillano, 1; Juan Antonio Martín, 1; Mauricio Martín, 0,50; Jacinto Huebra, 1; Melquiades Vazquez, 1; Domingo Castaño, 2; Urbano Martín, 1,50; Isidoro Pérez, 1; Agapito Nava, 1; Manuel Carabias, 1; Juan Francisco Pérez, 1.

Manuel Hernández Rodríguez, 1; Cándido Honorato, 2; Angel Alvarez Basilia, 1; Teodoro Tello García, 5; Matías Sánchez Montero, 2; Julián González, 5; José P. Repila, 2; Isidro Alaejos, 2; Daniel Hernández, 1; Tomás Mateos, 1; Juan Moro, 1; Eugenio García, 10; Ramón Hernández, 5; Gervasio Hernández, 2; José Benito, 5; Isidoro Sendín, 5; Ramón Martín, 5; Santos García, 5; José Pablo, 5; Domingo Martín, 2; Germán Martín, 2; Ambrosio Mateos, 2; Daniel Martín, 2; Juan Herrero, 2; Ramón Beato, 2; Quintín Rubio, 10; Jesús Colmenero, 5; Mariano Pérez, 1; Aurelio Martín, 1; Gabriel Yubero, 1; Baltasar García, 1; Perfecto Cillero, 1; Vicente Marcos, 1,25; Rafael Medina, 1; Felipe Hernández, 1; Francisco Sánchez, 1; Julio Paniagua, 1; Delfín Rosado, 1; María Paniagua, 0,50; Angela Montero, 0,50; Agustín Martín, 1; Manuel Bacas, 1; Francisco Martínez, 1; Gregorio Alonso, 1; Valentín Gamito, 1; Rogelio Pascua, 1; Vidal González, 1; Vicente Estévez, 1; Miguel Corredera, 1; Agustín Vacas, 1; Julián Corredera, 1; Antonio Sánchez, 1; Ricardo Agustín Sánchez, 5; Luis Hidalgo, 5; Emilio Luis, 2,50; Heliodoro Sánchez, 2,50; Felipe Vacas, 2,50; Delfín Sáez, 5; Dionisio Sánchez, 5; Jesús Hernández, 5; Julián Rodríguez, 2,50; Alejo Marcos Pérez, 10; Anacleto González Sánchez, 7; Jacinto Bernal Martín, 6; José Hernández y Hermanos, 5; Ramón Hernández Hernández, 1; Esteban Moro López, 1; Juan Vivanco Legal, 1; Serapio Saldaña Pérez, 1; Arturo Cañada, 2; Hijos de G. Bringas, 5; Angel Alburquerque Bautista, 1; Diego Vacas, 5; Aquilino Hernández, 1; Lorenzo Pérez y Compañía, 2; Antonio Sánchez, 5; Fernando Calderón, 5; Lucas Saldaña, 3; Rafael Fuentes, 2; Jesualdo Mejías, 2; Castor Vicente, 1; Diego Sánchez, 1; Valentín García, 1; Hijos de Polo, 2.

Agustín Pérez, 8; Benito Ruiz, 6; Angel Cachorro, 5; Eduardo Herrero, 5; Carlos Chico, 5; Manuel Amador, 5; Catalina Gándara, 1,50; Magdalena Herrero, 1,50; Isabel Mangas, 1,50; Francisca Amador, 1,50; María Martín, 1,50; María Pinto, 1,50; Leovigildo Mateos, 5; Jacinto Santos, 4; Ramiro Marcos, 3; Pedro Simal, 4; Isaías Sánchez, 4; Manuel Martín, 5; Miguel Sendín, 5; Anselmo Gil, 5; Eduardo Vázquez, 5; José Luis Villoria, 1; Florindo Sánchez, 1; Emilio Alonso, 0,50; José M. Carranza, 1,05; Calixto Martín, 1; Francisco Calzada, 1; José Mero, 1; Isidora Chaves, 0,50; Avelina Cañizal, 0,50; Florentina Sánchez, 0,50; Pablo Bravo, 2; José Peña, 5; Juan Santos, 2; Francisco Benito, 0,50; Antonia Santos, 0,25; Mi-

caela Santos, 0,25; Florentina Delgado, 0,25; José Ferreira, 1; Modesto Plaza, 0,50; Ricardo Fernández, 0,50; Santiago Calzada, 0,10; Emilia Díaz, 0,25; Julio Prieto, 0,50; Luis Gutiérrez, 0,50; Francisco González, 0,25; Adrián Sánchez, 5; Angel Fraile, 2; Francisco Cañada, 3; Antonio Mateos, 2; Dionisio Alvarez, 5; Emilio Priega, 5; Silvestre Ferreira, 25; Juan Manuel Benito, 10; Miguel Sánchez, 10; Miguel Martín, 2; Gonzalo González, 1; Jesús Bravo, 1; Castor Cuadrado, 1; Esteban Benito, 5; Rufino Mateos, 1; Ezequiel Bretón e Hijos, 5; Juan Almendral, 1; Moisés Cañada, 10; Eustaquio Peña, 2; Sandalio Sánchez, 1; Ramón Domínguez, 5; José Peña, 5; Pedro Pérez, 2; Francisco Fernández, 2; Emilio García, 2; Ladislao Pérez, 2; Mariano Cid, 2; Antonio Rañada, 2; Joaquín Chamorro, 2; Angel González, 5; Francisco Ferreira, 1; Eduardo Castañón, 5; Antonio Martín, 2; Antonio Sanchiz, 10; Generoso Fraile, 5; Ignacio Sánchez, 5; Angel Sánchez, 5; Joaquín Pérez, 5; José Gallego, 5; Braulio Sánchez, 1; Antonio García, 2; Manuel Gaspar, 2; Juan José Prieto, 5; Juan Martín, 1,50; José Martín, 2; Domingo García, 1; Celestino Rosado, 1; Santiago Sánchez, 1; Polidoro Martín, 0,50; Gabriel Cruz, 0,50; Benedicto Martín, 0,50; Juan Cruz, 2; Demetrio Cuadrado, 0,75; Lorenzo Ramos, 5; Francisco García, 3; Angel Martín, 1; Demetrio Martín, 1; Rufino Mangas, 2; Felipe Gil, 2,50; Juana Sastre, 1; Agustín Hernández, 5; Miguel Benito, 5.

Isidro Sevillano, 2; Francisco Sánchez, 2; Augusto Montero, 2; Sixto Huertas, 5; Pascasio (pintor), 1,50; Vicente Martín, 5; Marcos Villalba, 4; Ervigio Merchán, 2; Calixto Hernández, 1; Esteban Sánchez, 1; Jesús García, 1; Manuel Sánchez, 1; Galo Oñiga, 1; Juan García, 1; Eduardo García, 0,50; Mariano Hernández, 0,50; Angel Pico, 3; Norberto López, 1; Manuel Ramos, 1; Manuel Regidor, 1; Manuel López, 1; Emilio Pedraza, 0,50; Víctor Rodríguez, 2; José García, 1; Luis Valverde, 1; José Fraile, 1,50; Virgilio Marcos, 1; Martín Sánchez, 1; José Quiroga, 1; Angel González, 1; Feliciano Calvo, 1; Antonio de Sá, 1; Andrés Valverde, 1; Eustaquio Cachorro, 2; Tomás de la Iglesia, 1; Juan Peña, 1; Manuel González, 2; Pablo López, 1; Manuel Nñiga, 0,50; Manuel García, 0,50; Tomás Martín, 0,50; Américo Santos, 3; Melitón León, 1; Pablo Sierra, 1; José M. Concesañas, 0,50; Agustín Salgado, 1; Moisés Medina, 2; Juan González, 1; Claudio Vacas, 1; Eleuterio Sánchez, 0,25; Angel Martín, 1; José González, 1; Ramón Gil, 1; Plácido Colmenar, 1; J. Iglesias, 1; Cándido López, 1; Agustín Pablo, 1; Amadeo Gutiérrez, 1; Faustino Iglesias, 1; Juan Sánchez, 1; Jacinto Doncel, 1; Rogelio Alonso, 1; José Colmenar, 1; Joaquín Campal, 1; Manuel González, 1; Francisco Mateos, 1; Lorenzo Cebrián, 1; Félix Rodríguez, 1; Aquilino Prieto, 1; Cesáreo Martín, 1; Justo Martín, 1,50; Francisco Cárdenas, 2; Higinio Velasco, 1,25; Salvador Hernández, 2.

José García Criado, 2; Tomás Sánchez Sierra, 3; Joaquín Domínguez Martín, 3; Fernando Sánchez González, 3; Clemente García, 1,50; Joaquín García Moreno, 3; Ignacio Herrero Lastra, 3; Andrés Osante, 2; Manuel Encinas, 3; Nicolás Hernández, 3; Joaquín García Paredero, 2; Jesús Grandes Amador, 3; Mariano Bermejo Varas, 3; Diego Muela, 3; Carlos Navarro, 2; Alejandro García Moreno, 3; Julio Miguel, 3; Jesús Peña García, 3; Periañez, 2; J. García Sánchez, 1; José Rodríguez, 3; Cayetano Cañada, 3; José Manuel Martín, 1; Octavio Revuelta, 3; Agustín M. de los Ríos, 2; Roque García, 1; Filiberto Beato, 1; Manuel Herrero, 5; Vicente Pereda, 3; Manuel García, 3; Severiano Muriel, 5; Pedreira, 5; Eufasio Herrero, 5; Francisco López, 5; Novaes, 5; A. López, 5; A. Izquierdo, 5; Policarpo Rodríguez, 2; Angel Hernández, 2; Carlos Marcos, 2; Francisco Rodríguez, 10; Juan Silva, 1,50; Antonio Turán, 1; José Pascua, 1; Manuel Alonso, 1; Tomás Martín, 1; Manuel González, 1; Brígida González, 0,50.

Heliodoro de Martín, 5; Martín Rodríguez García, 5; Félix Escudero, 5; Jesús Posadas, 2; José San Miguel, 5; José Sánchez, 2,50; Cipriano García, 2,50; José Martín, 5; José Estévez, 5; Jorge Sáez, 3; José Ballesteros, 5; Bautista Valverde, 5; Una señorita amiga de los niños, 10.

En el número próximo se publicarán las listas de

donativos del Sindicato de M. S. y la Sección de M. C. P.

Suscripción obtenida de la Sección ferroviaria de Zamora para los compañeros huelguistas de Riotinto.

Angel Rodríguez, 5 pesetas; Gabino Figuero, 2; Anselmo Aaagón, 3; Santiago Crespo, 3; José Espada, 2; Manuel Dueñas, 3; Eugenio Pascual, 2; Manuel Pascual, 2,50; Viceute Alejandre, 2; Miguel Veleda, 2; José Juárez, 2; Alfonso Alvarez, 2; Adolfo Ortiz, 5; Faustino García, 2; Lorenzo Hernández, 2; José Jambrina, 2; Antonio Alonso, 2; Cayo Sobrino, 2; Isidro Barroso, 5; Pablo Guerrero, 2; Andrés Hernández, 2; Eugenio de Tiedra, 2; Ildefonso Rodríguez, 3; Manuel Parriego, 2; Raimundo García, 2; Bernardo Juan, 2; Narciso Huertas, 2; Manuel Antón, 3; Pablo Calvo, 3; Felipe Hernández, 2; Ramón Losada, 3; Angel López, 2; Tomás Felipe, 2; Ramón Alonso, 2; Alejandro Espada, 3; José del Patrocinio, 2; Emilio Luengo, 2; Eugenio Ruiz, 3; Francisco Rodríguez Sánchez, 2; Victoriano López, 2; Manuel Aragón, 2,50; Félix Fernández, 3; Juan Antonio Lozano, 2; Manuel Morán, 2; Lázaro Rodrigo, 2; José Vidal, 2; Pedro Cruz, 2; Ramón Villar, 2; Lupicineo Reoyo, 2; Julián Alvarez, 2.

Basilio Ruiz, 5; Jesús Crespo, 3; José Galán, 2,50; José Lorenzo, 2,50; Indalecio Hernández, 2; Emilio Vivas, 5; Luis Alonso, 2; Tomás Núñez, 5; Zacarías Aragón, 2,50; Fernando Martín, 2; Onésimo Salgado, 2; Francisco Martín, 5; Fausto Rodrigo, 3; Celestino Martín, 2; Joaquín Crespo, 2; Vidal Arribas, 2; Valentín Sobrino, 2; Tomás Almena, 2; Eugenio Riego, 2; Gabriel Almena, 2; Miguel Fernández, 2; César Gallego, 10; Pedro Pérez, 2; Victoriano Alonso, 2; Luis González, 2; Francisco Rodríguez, 2,50; Isidoro Cruz, 3; Miguel Rodríguez, 2; Froilán Martín, 2; Angel Gaitero, 2; Zacarías Rodríguez, 2; Angel Parriego, 2; Enrique Cruz, 2; Delfina Blanco, 2; Angeles Blanco, 3; Eleuterio Martín Hidalgo, 2; Jacinto Lorenzo, 5; Gonzalo López, 3; Francisco Campesino, 1; Severiano Alonso, 4; Tomás Menéndez, 2; Francisco Ríos, 2; Luis Rodríguez, 2; Zacarías Lorenzo, 2; José Campos, 2; Saturnino Zazo, 2,25; Mario Pérez, 2; Fabriciano Lido, 2; Joaquín Lido, 2.

Celestino Castro, 2; Luis Salcedo (seleccionado del Norte), 1; Jacinto Zazo, 2; José Rodríguez (capataz), 2; José Rodríguez (factor), 5; Francisco Polo, 2; Teodoro Pérez, 2; Cecilio Martín, 3; Fructuoso Rodríguez, 2; Justo Ventura (factor), 5; Antonio Villardefrancos, 1; Luis Vegas, 2; Julián Contra, 3; Valentín González, 2; Mariano Díez, 2; Práxedes González, 2; Angel Sáenz, 2; Manuel González, 2; Dióscoro González, 5; Julián González, 2; Félix Navarro, 2; Manuel González, 2; Paulino Rodríguez, 2; Pedro Contra, 2; Tiburcio Villar, 2; Víctor Núñez, 2; Juan Martín, 2; Matías Pérez, 2; Villar Vicente, 2; Natalio García, 2; Longinos García, 2; Pablo Gómez, 2; Mariano González, 2; Pío Prieto, 2; Raimundo Navarro, 2; Valentín Hernández, 2; Rafael de Castro, 2; Tomás García, 2; Serafín Esteban, 2; Hilario Hernández, 5; Hermenegildo Vergel (particular), 2; Roque Mario, 2; Deogracias González, 2; Moisés de Tiedra, 5; Valeriano Cuadrado (particular), 0,50; Isidoro Pérez, 2; Antonio García (mozo), 3; Pedro Rodríguez, 2; Rufino Izquierdo, 2; Pablo Hernández, 2; Ruano Coomonte, 2.

José García, 3; Feliciano Esteban, 3; Antonio Rodríguez Blanco, 0,50; María Antonio Rodríguez Blanco, 0,50; Emiliano Rodríguez Blanco, 0,50; Angelita Espada, 0,50; María Espada, 0,50; Alejandro Espada, 0,50; Liberto Barbado, 2; Bernardo Nieves, 5; Antonio Sánchez, 2; Francisco Redondo, 2; Andrés Antón, 2; José García Garrido, 5; Enrique Blázquez, 2; Nicanor Iglesias, 2; Gregorio Sánchez, 2; Alejandro Fuentes, 4; Nicomedes Morín, 2; Constantino Iglesias, 2; Telesforo Pérez, 2; Marcos Sánchez, 2; Baltasar Momo, 2; Erminio Crespo, 2; Pedro Villar, 2; Carlos del Canto, 2; Manuel Lorenzo, 2; Pedro González, 1. Suma total, 421,75 pesetas.

Imprenta y Librería de F. Núñez.—Salamanca.